

este á una alianza, con lo cual evitó el peligro de que apoyara á los rebeldes, é Inglaterra y Dinamarca le enviaron buques para combatir al conde Dietrich de Holanda, el cual fué vencido y muerto en Dortrecht, en enero de 1047. El duque Godofredo, excomulgado por la Iglesia, se presentó poco despues al emperador, en Aquisgran, implorando gracia, y el duque de Flandes tambien se sometió. La victoria de Enrique III fué completa; su poder habia salido mas fuerte que antes de la crisis en que se habia visto envuelto, é hizo fracasar fácilmente las demás tentativas que al amparo de los disturbios de Lorena se habian hecho contra él. A la muerte de Clemente II (octubre de 1048), los romanos, cumpliendo el compromiso contraído, solicitaron del emperador el nombramiento de un nuevo papa; pero tambien esta vez Benedicto IX, saliendo de su retiro, se apoderó del solio pontificio. El papa nombrado por Enrique, Dámaso II, hasta entonces obispo de Brixen, falleció pocas semanas despues. La muerte de Benedicto IX fué, en cambio, una fortuna para la causa imperial, pues con ella desapareció por completo el poder de los condes de Túscolo. El nuevo papa nombrado por el emperador, Bruno de Toul, que gozaba de gran consideracion en el consejo de Enrique III y que tomó el nombre de Leon IX, entró en Roma á principios del año 1049, pero no con aparatosa pompa, sino como peregrino y en traje de penitente. Con él regresó á Roma el capellan de Gregorio VI, Hildebrando. Para la Iglesia, en la cual quedaba implantada la soberanía de los cluniacenses, comenzaba una nueva época que prometia realizar los ideales del emperador. Enrique habia salido vencedor de luchas muy difíciles: lo que hubiera podido quebrantar su poder, lo habia, por el contrario, fortalecido y robustecido. Para completar su felicidad como soberano, no le faltaba mas que un hijo á quien poder algun dia traspasar toda la plenitud de su soberanía en el Estado y en la Iglesia; y en efecto, en 11 de noviembre del año 1050, su esposa Inés, que ya antes le habia dado una hija, dió á luz el hijo tan deseado, que fué bautizado con el glorioso nombre de su padre. Este niño fué considerado desde luego, sin designacion ni eleccion, como heredero del imperio: el imperio hereditario sajón, hácia el cual tan sábiamente habia dirigido sus esfuerzos Conrado II, parecia consolidado.

Pero cuanto mas seguro parecia el porvenir de la monarquía hereditaria, tanta mayor energía desplegaron sus adversarios para destruirlo. Un nuevo levantamiento del conde Balduino de Flandes fué inmediatamente sofocado; pero en cambio fracasó la tardía tentativa de reducir nuevamente á Hungría á la antigua dependencia, y los resultados nulos de las tres campañas emprendidas por Enrique, en 1050, 1051 y 1052, contra Andrés, quebrantaron su situacion en Alemania. Parecia como si hubiese desaparecido el rumbo de invencibilidad en que habia estado envuelto el emperador y como si con ello quedara destruido el anatema con el cual habia contenido hasta entonces á los rebeldes. El conde de Flandes empuñó de nuevo las armas y se sostuvo en el conquistado Hainau. En Lorena, el inquieto Godofredo preparaba una nueva sublevacion; en Baviera, el duque Conrado estaba en lucha con el obispo Gebahrd de Ratisbona, y cuando Enrique abrazó el partido de este, Conrado huyó á Hungría, para proseguir la lucha con el auxilio del rey Andrés. Sin embargo, fué en definitiva vencido y desposeido del ducado, que fué por el emperador cedido á su joven hijo, en nombre del cual lo administró con talento y energía el obispo Gebahrd de Eichstadt. Estos sucesos llegaron á infundir en el ánimo del emperador la duda de que el derecho de sucesion de su hijo quedara en su día asegurado si no se le reconocia expresamente por medio de una eleccion;

por eso en noviembre del año 1053 hizo que el niño fuera elegido formalmente rey por los príncipes, en Tribur, siendo como tal coronado en Aquisgran en el verano del siguiente año, cuando aun no contaba cuatro años.

Desde aquel momento, sobrevino un cambio en la situacion de Enrique III, que tuvo que apelar á nuevas luchas para conservarla. Mientras continuaba la guerra en Hungría y mientras Lorena seguia manteniéndose indecisa, realizóse en el Sur una evolucion funesta, y los enemigos de Enrique, que atribuyeron la causa fundamental de sus fracasos al hecho de proceder aisladamente en sus tentativas, resolvieron unirse para una accion comun. En la Baja Italia, Waimar de Salerno murió víctima de una conjuracion; en la Italia central, falleció el marqués Bonifacio de Tuscia, y casándose su viuda Beatriz con Godofredo de Lorena quedaron unidos los loreneses é italianos adversarios del emperador. En la primavera del año 1054 falleció tambien Leon IX, que con infatigable actividad habia trabajado por la reforma de la Iglesia en el sentido propagado por los cluniacenses, para lo cual habia hecho frecuentes viajes, ora á Italia, ora á Alemania, ora á Francia, celebrando sinodos y procurando, aunque sin éxito, hacer triunfar las reformas sobre la simonía, sobre el matrimonio de los sacerdotes y otros abusos. Leon IX estuvo especialmente desgraciado en su tentativa de poner un dique al poder de los normandos en la Baja Italia, haciéndolos servidores de Roma. La sangrienta derrota que sufrió su ejército, reforzado por las tropas alemanas, en Civitate (18 de junio de 1053), hizo caer al papa en poder de los normandos, los cuales si bien le trataron con todas las consideraciones que como jefe de la Iglesia le eran debidas, le obligaron á permanecer en Benevento, desde donde en vano imploró el auxilio del emperador y trató de unirse á los griegos para proceder en comun contra los normandos. De regreso á Roma, falleció en 19 de abril del año 1054, venerado, no sin razon, por los celosos amigos de la Iglesia como santo y taumaturgo. Es altamente significativo, dada la difícil situacion por que atravesaba la Iglesia, el hecho de que la vacante de la Sede pontificia durara un año; y las condiciones á que hubo de someterse Enrique para dar al difunto un sucesor, demuestran cuánto habia cambiado su propia situacion. Cuando en setiembre de 1054 fué el emperador á Maguncia, accediendo á los deseos de una embajada romana que se le habia presentado en Alemania, concibió la idea de nombrar para ocupar la silla de San Pedro al obispo Gebahrd de Eichstadt, uno de los mas sabios y casi irremplazables auxiliares de Enrique en el gobierno del imperio; Gebahrd renunció resueltamente el honor que queria conferírsele; pero en una dieta celebrada en Ratisbona, en marzo de 1055, logróse vencer su resistencia, y Gebahrd, de quien con sentimiento se desprendia Enrique, aceptó la dignidad pontificia. Los temores que el nuevo papa abrigaba eran mas bien políticos que religiosos; por esto pidió una garantía para que se le concediera el poder temporal, de que no podia prescindir el obispo de Roma si habia de conservar la posicion que le correspondia. Sus deseos se vieron colmados, pues el emperador se obligó, por medio de un tratado formal, á devolver á la Iglesia romana los bienes eclesiásticos que en su poder tenia; así, cuando Gebahrd se dirigió á Roma, marchó con la seguridad de que en pos de él iria el emperador para restablecer juntos el alterado orden de cosas en Italia.

En la primavera del año 1055 presentóse Enrique III en Italia por segunda vez; porque necesitaba inutilizar la alianza de la marquesa de Tuscia, Beatriz, con Godofredo de Lorena, á cuyo alrededor amenazaban agruparse todos los adversarios de la monarquía sálica. Todo el mundo se inclinó

obediente ante el emperador: el duque Godofredo huyó de Italia, Beatriz se sometió; quedó, con su hija Matilde, prisionera de Estado, y ambas fueron conducidas, bien que en prision muy llevadera, á Alemania. Cuando, poco despues, falleció el hijo de Beatriz, el joven Federico, pudo Enrique disponer de la mayor parte de los feudos que pertenecian á la familia tuscia. El mismo hermano del duque Godofredo, Federico de Lorena, que como eclesiástico secular habia sido nombrado cadernal, se retiró desalentado de la vida pública y se entregó, en Monte Casino, como monje á las mas rigurosas prácticas. En Florencia, avistóse el emperador con Víctor II (tal era el nombre tomado por el nuevo papa) para poner, de comun acuerdo, en orden el Estado y la Iglesia. Para asegurar los Estados de la Iglesia contra los ataques de los normandos era preciso emprender una campaña contra aquellos aventureros, que se habian hecho demasiado poderosos, para la cual se pensó en solicitar la alianza de los griegos. Tambien con el auxilio de la autoridad imperial se trató de reconquistar una porcion de bienes y derechos de la Iglesia, que durante los últimos revueltos años le habian sido arrebatados. El emperador robusteció además la situacion de la Iglesia confiando personalmente á Víctor II los cargos de duque de Spoletto y de marqués de Fermo, con lo cual le otorgó el derecho de ejercer las atribuciones que al imperio correspondian en aquellos territorios. Mientras Víctor II se dirigia á Roma, el emperador se encaminó hácia el Norte para restablecer por completo la autoridad imperial en los dominios de Beatriz de Tuscia: algunas ciudades que Bonifacio de Tuscia se habia apropiado volvieron, de esta suerte, á poder del imperio, y consiguieron una libertad provechosa.

Antes, sin embargo, de que Enrique pudiera dar por completamente terminada su obra, llegaron de Alemania ciertas noticias que le obligaron á regresar á su patria. En efecto, la oposicion, que aun no habia sido por completo dominada, habia aprovechado su ausencia para tramar una nueva conjuracion. El duque Welfo III de Carintia y el obispo Gebahrd de Ratisbona se habian aliado con Conrado, el ex-duque de Baviera, cuyo levantamiento esperaban, además, los confidentes y auxiliares que tenia en Francia. El proyecto, para cuya ejecucion se habia contado, segun parece, con el auxilio de Hungría, consistia en destronar y asesinar al emperador y poner en su lugar á Conrado. El complot, sin embargo, fracasó antes de que hubiera regresado Enrique, pues casi al mismo tiempo fallecieron Welfo III y Conrado, y el emperador pudo entonces, sin trabajo alguno, desarmar á los demás cómplices y aplicarles el condigno castigo. Esto no obstante, comprendió que su situacion estaba quebrantada. El estado de paz general que habia creído fundar en Constanza y en Tréveris, se presentaba cada vez mas imposible, pues por el contrario reinaba en el imperio un estado de agitacion y de intranquilidad que hacia presentir complicaciones é infundia al emperador serios temores para lo porvenir. Enrique sintió, quizás, que su fin se aproximaba, pues se apresuró á arreglar los asuntos de su familia y á ordenar los del imperio de tal manera que su muerte no pudiera ser ocasion de una grande y violenta crisis. Con este fin quiso reconciliarse con sus vencidos adversarios y evitar que dirigieran nuevos ataques contra la soberanía de su casa; puso en libertad á los complicados en la última conjuracion que se encontraban en la cárcel, y Beatriz, despues de haber prestado el juramento de fidelidad, regresó á Italia. Tambien procuró Enrique asegurar la paz con el extranjero poniendo término á la guerra de Hungría; casó además á su hija Judith con Salomon, hijo del sucesor del rey Andrés, y así reconoció definitivamente el nuevo orden de cosas en aquel país crea-

do contra su voluntad. Tambien con Francia, donde Enrique I habia pensado utilizar contra Alemania los desórdenes loreneses, logró el emperador llegar á un arreglo, y el matrimonio del joven rey Enrique con Berta, hija del marqués de Susa,—que era el que en dominios y en poder mas se acercaba al de Tuscia,—fortaleció el nuevo orden de cosas creado en Italia y le aseguró nuevos defensores. Con estos trabajos coincidió el llamamiento de Enrique al papa Víctor II para celebrar una entrevista; pero entonces nacieron nuevos temores. En Sajonia, donde la construccion de los castillos reales era considerada como una amenaza contra las antiguas libertades, la agitacion fué en aumento. Enrique se dirigió inmediatamente allí, y á principios de setiembre llegó á Goslar, donde se le reunió muy pronto Víctor II. Mientras el emperador y el papa se encontraban en Bothfeld, llegó la noticia de que el ejército de Enrique habia sido derrotado, en 10 de setiembre, cerca de la desembocadura del Havel por los lintizios, contra los cuales se habia encendido con nuevo ardor la guerra: derrota que costó la vida á muchos nobles y quebrantó considerablemente la soberanía alemana en los territorios del Elba. Este nuevo desastre afectó profundamente al emperador, que se sentia ya impresionado por otros cuidados. Los esfuerzos que quiso hacer acabaron de quebrantar por completo su ya delicada salud; á fines de setiembre cayó enfermo, y desde un principio hubo que desear toda esperanza de salvacion. En compañía del papa y de los príncipes que con él estaban, examinó el emperador la situacion del imperio y dió sus últimas disposiciones, haciendo que los presentes eligieran nuevamente rey á su hijo Enrique. Por esto puede verse cuáles eran los cuidados que mas ocupaban su imaginacion y el punto donde creia que estaba el mayor peligro. Al propio tiempo encomendó á su joven hijo al amparo, proteccion y fidelidad de todos los circunstantes y especialmente del papa. No se sabe si Enrique dió algunas órdenes relativas á la regencia y á la educacion del joven monarca. Siguiendo los impulsos de su recta naturaleza, mandó expresamente que todo cuanto se encontrara en su herencia ilegalmente adquirido fuera devuelto á sus legítimos dueños. Despues de haberse confesado con el papa y de haber recibido de manos de este el viático, falleció en 5 de octubre de 1056. De su cadáver fueron sus entrañas enterradas en la iglesia de San Simon y San Judas de Goslar, y el cuerpo fué conducido por el papa y enterrado en la catedral de Espira.

Los posteriores sucesos debian demostrar plenamente cuán fundados eran los temores que, en sus últimos tiempos, habian atormentado al emperador.

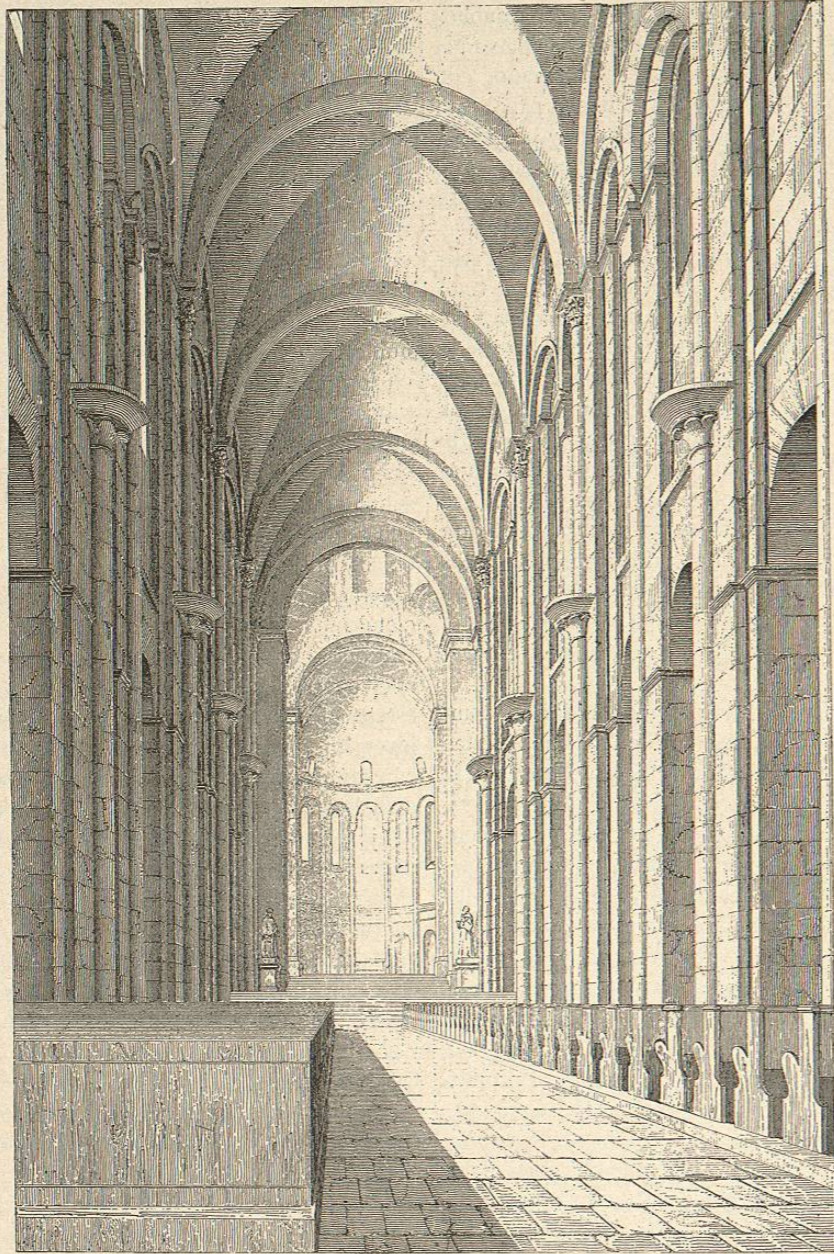
### CAPITULO III

LEVANTAMIENTO DEL PONTIFICADO Y DE LOS PRÍNCIPES ALEMANES CONTRA EL IMPERIO HEREDITARIO SÁLICO

(1056-1077)

La situacion dominante de Enrique se habia apoyado en la alianza con el pontificado romano, alianza que por su forma recordaba la de los Otones, pero que en su esencia y en sus resultados diferia mucho de ella. La soberanía de Oton I sobre la Iglesia romana habia tendido desde un principio á la posesion plena de la propiedad eclesiástica y habia luchado por conseguir, y conseguido en definitiva, la libre disposicion de los bienes de la Iglesia, de suerte que las fuerzas espirituales y morales de que entonces disponian los cluniacenses habian hecho al pobre estado romano completamente dependiente del imperio. De aquí resultaron las perniciosas relaciones que entre la Iglesia y el Estado existieron en tiempo de Oton III y de Enrique II, contra las cuales veri-

ficóse una reaccion natural con el reinado antieclesiástico de Conrado II. Con Enrique III habíase levantado enfrente de la Iglesia, sumida ya en la mayor decadencia é ignominia, un poder moral que disponia de poderosos recursos exteriores y al cual confiaron los cluniacenses la reforma eclesiástica. Esta solo podia conseguirse con la persona de Enrique, y por tanto con su muerte desaparecieron todas las probabi-



Interior de la catedral de Espira

Iglesia romana hacia tiempo que se sentia molestada por el hecho de que los obispos alemanes se hubieran apoderado del gobierno. Los adversarios políticos del imperio sálico hereditario prestaron naturalmente todo su apoyo á este movimiento; y así la muerte de Enrique III fué la señal de una revolucion política y eclesiástica.

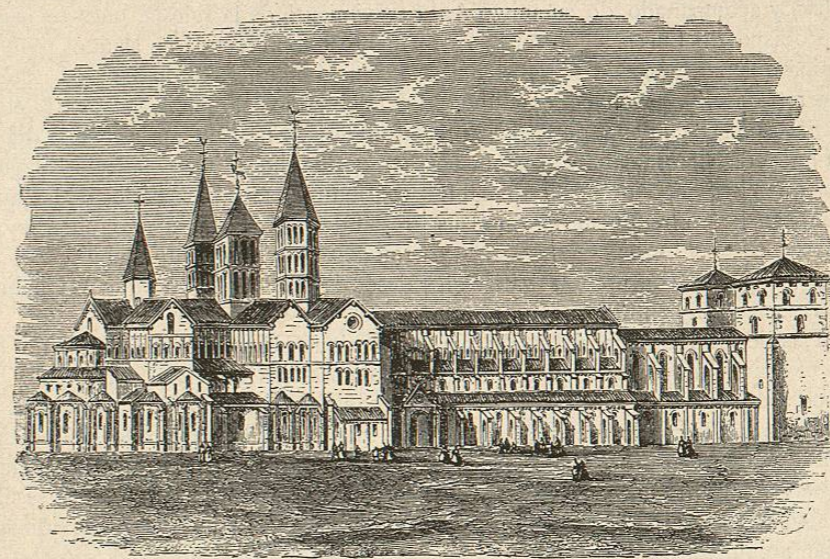
El papa Víctor II falleció pocos meses despues que su imperial amigo (28 de junio de 1057), é inmediatamente el partido hostil al imperio procuró apoderarse de la direccion de la Iglesia. El cardenal Federico de Lorena, hacia poco nombrado abad de Monte Casino, fué elegido papa con el nombre de Esteban X, habiéndose prescindido en su eleccion de la iniciativa electoral que correspondia al imperio. Este

partido reformista conservó la soberanía que le habia proporcionado el poderoso emperador; pero muerto este, se hizo independiente del imperio, para luego levantarse contra él y sobreponerse á él. La tutela del Estado sobre la Iglesia habia sido considerada por los cluniacenses simplemente como un medio auxiliar necesario; así es que se apresuraron tanto mas á hacerla desaparecer cuanto que la

papa, celoso cluniacense, era el jefe de la casa ducal lorenesa y adversario político de la monarquía alemana. Siendo su hermano el duque Godofredo, como esposo de la marquesa Beatriz, el dinasta mas poderoso de la Alta Italia, la faccion tuscio-lorenesa creyó que podria disponer del pontificado, como habian dispuesto los Crescencios y últimamente los condes tusculanos. Para evitar la inminente intervencion de la regencia alemana fué enviado á Alemania, con el obispo Anselmo de Lucca, Hildebrando, que en tiempo de Víctor II habia adquirido grande influencia, á pesar de lo cual no le habia sido dado impedir la imprudente proclamacion del lorenes. Hildebrando logró que Esteban X fuese reconocido; pero los acontecimientos debian demostrar muy pronto al

partido reformista cuán imposible le era prescindir del apoyo que hasta entonces le habia prestado la monarquía alemana. Antes de que regresara Hildebrando, falleció Esteban X (29 de marzo de 1059), y á su muerte los condes tusculanos se apoderaron nuevamente del mando y elevaron á la Sede pontificia, con el nombre de Benedicto X, al obispo-cardenal Juan de Velletri. Con esto se puso en duda todo el resultado de la grande actividad que en pro de las reformas habia mostrado Enrique III. Esteban X al morir habia aconsejado á los suyos que esperaran para elegirle sucesor á que hubiera regresado Hildebrando, con lo cual se vino á reconocer á este como jefe del partido eclesiástico reformista, cuya existencia estaba tan gravemente amenazada: Hildebrando, durante la siguiente década, fué el centro de la lucha universal que entonces estalló.

Hildebrando contaba entonces cuarenta años. Habia nacido en la aldea tuscia de Saona, y era hijo de un labrador propietario. Educado para monje con toda la severidad cluniacense en Roma, por su tio, abad del convento de Santa María, en el Aventino, se distinguió desde edad temprana entre los cluniacenses, como lo demuestra el hecho de haber sido nombrado capellan de Gregorio VI, á quien despues de su destitucion acompañó en su prision en Alemania. Su establecimiento en este país, y sobre todo su larga permanencia en Colonia, al frente de cuya diócesis se encontraba el entonces tan respetado é influyente arzobispo Hermann, fueron de gran importancia para él, pues al propio tiempo que admiró la imponente soberanía de Enrique III, aprendió á conocer el feudalismo de Alemania y comprendió los peligros de que estaba amenazado. Despues de la muerte de Grego-



La abadía antigua de Clugny

rio VI se retiró Hildebrando á Clugny, es decir, á la fuente de la austeridad religiosa en que habia sido ya iniciado en el Aventino. Con Leon IX regresó á Roma, y quizás dió ocasion á que por medio de una eleccion especial se reconociera el nombramiento imperial y á que Leon fuera reconocido legalmente como papa por el partido eclesiástico mas austero. Como subdiácono, tomó Hildebrando parte importante en la gestion de los negocios de la curia, especialmente en la administracion económica, que tan desordenada estaba. Su creciente influencia se reconoce en el hecho de formar parte de la embajada que fué á Alemania, despues de la muerte de Leon IX, para tratar con Enrique III del nombramiento de un sucesor, en cuya ocasion intervino eficazmente en la proclamacion de Gebahrd de Eichstadt. Durante el pontificado de este, que llevó el nombre de Víctor II, le vemos ejerciendo su actividad en la cancillería pontificia. La proclamacion de Esteban X no estuvo conforme con sus ideas; por eso fué de mayor trascendencia la disposicion por este tomada en su lecho de muerte, ordenando que nada se hiciera sin consultarlo con Hildebrando, en cuyas manos ponía, por tanto, la direccion de la política pontificia. A esta determinacion contribuyó probablemente la consideracion de que Hildebrando conocia á fondo el estado y la opinion de la corte alemana. A fines del año 1058 fué nombrado papa á instancias de Hildebrando y enfrente de Benedicto X, antipapa tusculano, el obispo Gebahrd de Florencia, que fué confirmado por la regente Inés. Godofredo de Lorena destruyó con la fuerza de las armas la resistencia de los ad-

versarios en Roma: Benedicto X huyó, y en 24 de enero de 1059, Gebahrd fué consagrado papa con el nombre de Nicolás II. Este nombre era por sí solo todo un programa: el pontificado jerárquico comenzaba á manifestarse. Hildebrando, colocado al lado del papa como arcediano de la Iglesia romana y como primer ministro, supo dirigir el celo religioso de Nicolás II para conseguir la realizacion de sus ideales: entonces se echaron los primeros cimientos del edificio que un dia habia de completarse con la soberanía pontificia universal; y de lo que procuró conseguir y consiguió el papa, podemos deducir las intenciones á cuyo servicio estaban puestas las reformas promovidas por el arcediano de la Iglesia romana.

Hildebrando profesaba las doctrinas de Clugny; pero no queria que la reforma de la Iglesia partiera del poder imperial, que estaba fuera de ellas, sino que deseaba que se reformara ella misma, para lo cual era preciso que la Iglesia reconquistara primero su libertad y luego la soberanía que le correspondia. A este fin, haciase necesario someter á los mandatos de Roma á los poderes que dentro de la Iglesia se oponian ó se sustraían á la autoridad del obispo romano, y luego emancipar al pontificado de la tutela del imperio, devolviéndosela á la Iglesia. Pero como era casi imposible conseguir esto sin sostener una lucha, convenia ganar para el pontificado aliados fuertes que no solo hicieran supérfluo el poder imperial, sino que, en caso necesario, pudiesen ser dirigidos contra el imperio mismo. A esta política respondió la lucha sostenida en tiempo de Nicolás II contra la inde-